

para cortinas, y otras especies de ornamentos, en una de las cuales estaban Sta. Cecilia, Valeriano y Tiburcio recibiendo sus coronas de mano de los ángeles. Esta iglesia que da título á un presbítero cardenal fué suntuosamente reedificada en el año de 1599 por el cardenal Paulo Emilio Sfondrati, sobrino del papa Gregorio XIV, cuando Clemente VIII mandó que se sacasen los cuerpos de estos Santos de debajo del altar mayor, y se depositasen en una bóveda suntuosa de la misma iglesia, llamada la *Confesion de Sta. Cecilia*: fué de tal modo enriquecida por el citado cardenal Sfondrati que pasma á todo el que la visita. Esta iglesia es llamada *in Trastevere*, ó al otro lado del Tiber, para distinguirla de otras dos del mismo nombre en Roma.

Santa Cecilia por su continuidad en cantar las divinas alabanzas (en cuyo acto segun sus actas solia unir algun instrumento al acento de su voz) se venera como patrona de la *Música eclesiástica*. Los salmos y muchos sagrados cánticos en varias otras partes de las sagradas letras, y la práctica universal tanto de la antigua iglesia judaica, como de la cristiana, recomendaron la religiosa costumbre de emplear una música decente y grave al cantar las alabanzas divinas. En este homenaje de alabanza nos unimos con los espíritus celestiales en sus nunca interrumpidos cánticos de adoracion y amor. Y en esta música espresamos la espiritual alegría de nuestros corazones en las funciones celestiales, y nos escitamos á santo júbilo y adoracion. El amor y las alabanzas son obras del corazon, sin cuyos afectos las voces y las señales exteriores son una hipocresía, y una mofa abominable. No obstante como estamos obligados á consagrar á Dios nuestras voces tambien, y todos nuestros órganos sensitivos; tambien debemos emplearlo todo en engrandecer aquella santidad infinita, aquella grandeza, y aquella gloria, acompañando nuestros interiores afectos de devocion con las señales exteriores mas espresivas. S. Crisóstomo pondera elegantemente los buenos efectos de la música sagrada, y manifiesta cuan fuertemente se inflama en el alma el fuego del amor divino con el devoto canto de los salmos. (*In Ps. 41. t. 6. p. 151.*) S. Agustín enseña: «que es muy útil para mover piadosamente al alma, y encender en ella el fuego del divino amor. (*Ep. 55.*)» Y añade que cuando estaba recién convertido á Dios, se movía á llanto al oír cantar los salmos en la iglesia. Pero tambien advierte el riesgo de dejarse llevar demasiado de los acentos solos de la melodía; y confiesa que á veces se deleitó mas en la música que movió su corazon con sus afectos, por lo que se confiesa y reprende á sí mismo severamente.

Santa Cecilia, Sta. Agueda, Sta. Lucia y Sta. Inés, son las cuatro mártires mas celebradas en la Iglesia latina, de las cuales se hace espresa memoria en el cánon de la misa y en las letanias antiguas y modernas. (*Butler.*)

SANTA TIGRIDIA, ABADESA DEL MONASTERIO DE OÑA.

TIGRIDIA era hija de los condes de Castilla D. Sancho y D.^a Urraca, la cual como no quisiese vivir seglar sino consagrada á Dios, nombráronla sus padres primera abadesa del monasterio de S. Salvador de Oña, fundado y dotado ricamente por ellos en la Bureva, á cuatro leguas de Briviesca el año 1011. Aunque el principal intento de los condes en la fundacion del monasterio fué colocar á su hija donde sirviese á Dios fuera del siglo, y le destinaron principalmente para religiosas, añadieronle sin embargo monges que las gobernasen y formasen por sí comunidad, como en los demás monasterios que llamaban *Duplices*. Mientras esta sierva de Dios se instruía en las leyes y costumbres de la vida religiosa, gobernó aquella casa una hermana del conde fundador llamada *Oñeca* ó *Iniga*, monja en *Cillaperlata*: el abad de los monges se llamaba Juan. La infanta Tigridia desempeñó muy cumplidamente la obligacion de su nuevo estado, y vivió tan religiosamente, que es tenida por Santa en aquel insigne monasterio. Tamayo sobre el día 22 de noviembre pone el siguiente elogio: *In Cænobio Onniensi prope urbem Burgensem in Hispania Citeriori, depositio S. Tygridiæ Abbatissæ, quæ sanctitate et religione clara, et miraculis et virtutibus celebris, tandem ad Sponsi diu desiderati sanctæ dormitionis pervenit amplexus.* Yepes y Marieta la nombran tambien santa. Gran peso añade á esta tradicion el habersele dado sepultura dentro de la iglesia en un tiempo en que hasta los reyes eran enterrados en el atrio. Colocáronla despues en el altar de S. Inigo, como refiere Argaiç, tom. 6, pág. 441. Esta es prueba auténtica de tenerla por Santa.

Con la falta de la santa abadesa, decayó lastimosamente en el monasterio la disciplina regular. D. Sancho el mayor, rey de Navarra y de Aragon (despues que su mujer D.^a Nuña, hermana de Tigridia heredó el condado de Castilla) habiendo obtenido antes facultad apostólica, y de todos los obispos de su reino, excluyó de este monasterio á las monjas, dejándole solo á los religiosos, cuyo primer abad en este nuevo estado fué un monge sobresaliente llamado Garcia. (*Florez, t. 27, p. 253.*)

SAN COLUMBANO, ABAD Y CONFESOR.

Fué S. Columbano natural de Leinster, una de las principales provincias de Irlanda, y nació á mediados del siglo vi. El instituto monástico recibia entonces en aquellos paises un lustre grande de la eminente santidad de los que le profesaban, los cuales hicieron á la Irlanda *Isla de Santos*, y depósito de sagrada literatura. Abundaba de monasterios que eran otras tantas escuelas de doctrina sagrada, siendo el mas numeroso y célebre de ellos el de Benchor, en el condado de Down, fundado por S. Comgal por los años de 550, y bajo de cuya direccion pasaron una vida angelical muchísimos fervorosos siervos de Dios. Cultivaban la tierra con sus propias manos, y hacian otras labores manuales sin interrumpir la oracion, y la contemplacion celestial. Aplicábanse tambien á los estudios sagrados, en los cuales S. Comgal fué un maestro excelente; y la regla de estos monges habia sido tomada de la de S. Basilio, y otros orientales.

San Columbano despues de haber aprendido los rudimentos de las ciencias bajo la enseñanza de S. Sinelo en Cluain-Inys, tomó el hábito religioso en Benchor, y vivió allí varios años entregado á las mas austeras prácticas de penitencia y mortificacion. Tales fueron los adelantos que hizo en las ciencias sagradas que le tenian en ellas por una especie de oráculo; y aun siendo muy jóven compuso un *Comentario sobre los Salmos*, para que le sirviese de ayudar su propia devocion, y la de otros al rezar las divinas alabanzas, obra que desgraciadamente se perdió. Para desprenderse mas del mundo, y de los vínculos de las cosas y respetos terrenos, deseó, como otro Abraham, pasar á algun país desconocido; y habiendo comunicado su designio á S. Comgal, obtuvo su licencia y bendicion, aunque no sin mucha dificultad. Porque este santo abad sentia en el alma perder un asistente como él; y solo consintió en ello por conocer que la resolucion de Columbano era conocidamente inspiracion de Dios para mayor gloria suya.

Salíó pues S. Columbano de Benchor con otros doce monges, siendo como de unos treinta años de edad. Pasó á Bretaña, y de allí á la Galia, donde arribó en el año de 585. La disciplina eclesiástica estaba allí á la sazón muy descuidada, á causa de las incursiones de los bárbaros; pocos lugares habia donde se practicase la penitencia, ni se observase mortificacion alguna. Columbano predicaba por cuantos lugares pasaba, añadiendo

gran peso á sus instrucciones la santidad de su vida. Era tan humilde que disputaba siempre á sus doce compañeros el infimo lugar. La reputacion de Columbano llegó á la corte del rey de Borgoña, Gontrano, quien le suplicó permaneciese en su reino, ofreciéndole cuanto terreno quisiese para erigir en varias partes monasterios. Columbano señaló para esto el antiguo y ruinoso castillo de Anegrai, situado en el desierto de Voga, en la parte montuosa de lo que al presente llaman Lorena. Allí erigió su primer monasterio, que muy presto se consideró estrecho para el número de las gentes que solicitaban vivir bajo la direccion del Santo; por lo que erigió otro monasterio en Luxeu, ocho millas distante del primero. Esta vino á ser con el tiempo la casa matriz de su orden. Otro monasterio fundó tambien Columbano como unas tres millas de Luxeu, que por razon de los muchos manantiales que hay en aquel lugar es llamado Fontaines. Nombró por superiores de estos monasterios personas de probada virtud. Diez y seis discursos, ó instrucciones que hizo, y dió á sus monges, y otros muchos que de estos mismos se infiere haber escrito, fueron publicados en la Biblioteca de los Padres (*t. 12. p. 9. 21. 80. n. 11.*) Hablando del desprecio del mundo, esclama el Santo: «O vida transitoria, á cuantos has engañado, seducido y cegado? Si considero la rapidez de tu vuelo, eres nada: tu existencia es muy poco mas que una sombra. Los que depositan en tí sus corazones, no te conocen sin duda: solo te entienden los que desprecian tus encantos. Te muestras y desapareces en un momento como una mentida sombra ó fantasma. ¿Qué eres tú mas que una veloz carrera, una cosa que pasa como un pájaro volando, una nube vaga, y vapor frágil, y una sombra que se desvanece?»

Los cortos poemas de S. Columbano sobre asuntos piadosos y de moral manifiestan haber sido un buen poeta para aquel siglo. Pero de sus obras ninguna mas justamente admirada que su *Regla*, que insertó S. Benito de Anian en su *Coleccion de las reglas monásticas*, y que está llena de instruccion, y sabiduría espiritual.

Resplandecia el santo abad Columbano como un sol en el mundo, con su santa vida, con su doctrina, y con el gobierno de sus monasterios, cuando se levantó contra él una tormenta que le arrojó del reino de Borgoña. Teodorico, que sucedió á su padre Childeberto en el reino de Borgoña, en el año de 596, bajo la direccion de su abuela Brunequilda, tenia un respeto grande á S. Columbano, que vivia en sus dominios, y aun le visitaba muchas veces. El abad le reprendió porque tenia concubinas, en lu-

gar de buscar mujer legítima, y el rey le respondió que le prometía la reforma de sus costumbres según sus consejos. Temerosa Brunequilda de que arruinase su crédito, principió á exasperarse contra el varón de Dios. Aumentóse mas su resentimiento cuando le rehusó su bendición para los cuatro hijos naturales del rey, diciéndola el Santo: «No heredarán ellos el reino; son frutos de la abominación.» Además le negó S. Columbano la entrada en su monasterio, cuando fué á visitarle, porque hacía otro tanto con todos los demás hombres y mujeres. La ira no la dejaba pues respirar. Viendo el abad que el rey no le cumplía la palabra que le había dado de dejar sus concubinas, le escribió una carta algo rígida, amenazándole con la excomunión si no mudaba de vida. Brunequilda se valió de aquella oportunidad para incitar al rey contra él, quien le desterró primero á Besanzon, y mas adelante mandó á dos caballeros que le condujesen á Nantes, y allí mismo le viesen pasar á Irlanda en el año de 610, después de haber santificado el desierto de Voga por espacio de veinte y cinco años.

Hízose á la vela, pero contrariado de los vientos, se acogió á Clotario II que reinaba en Neustria. A este príncipe predijo el Santo que toda la monarquía francesa pasaría á sus manos antes de cumplir tres años. Volvió pues por París y Meaux, y vino á la corte de Teodoberto, hermano mayor de Teodorico rey de Borgoña, de quien fué muy bien recibido. Con esta protección fué con algunos discípulos que se le juntaron á predicar el Evangelio á los infieles que había cerca del lago de Zurich. Tomó pues su habitación en una soledad cerca de Zug: y sus habitantes eran crueles, impíos é idólatras. Habiendo principiado á predicar al Dios verdadero, les encontró un día disponiéndose para hacer un sacrificio y colocando en medio de la multitud del pueblo un caldero lleno de cerveza: les preguntó, qué intentaban hacer con aquello: ellos le respondieron, que ofrecerlo á sus dios Wodan. San Columbano fué hácia él, y en el momento en que le sopló se hizo pedazos la vasija con un estrépito grande, y toda la cerveza se vertió por el suelo. Sorprendidos quedaron los bárbaros, y entonces exhortóles el Santo á que abandonasen sus supersticiones, y se retirasen á sus casas. Muchos se convirtieron y se bautizaron: otros que habían sido antes bautizados volvieron al yugo suave del Evangelio.

San Gall ó Galo, que acompañó al Santo desde Irlanda, arrebatado de celo puso fuego á los templos paganos, arrojó todas las personas que estaban en ellos, y echó todas sus ofrendas al lago: cuya acción solo la pudo hacer con la aprobación presun-

tiva del pueblo. Pero varios que estaban obstinados en la idolatría se enfurecieron con ella, resolvieron matarle, y azotar á S. Columbano, desterrándole después de todo aquel país. Noticioso el Santo de aquel designio se retiró á Arbona sobre el lago de Constanza, donde le recibió con su compañero un sacerdote de aquel pueblo llamado Villemar, y les enseñó un valle donde aun se descubrían las ruinas de una pequeña ciudad llamada Brigantium, ahora Breguentz. En este sitio hallaron S. Columbano y sus compañeros un oratorio dedicado en honor de santa Aurelia, cerca del que erigieron ellos unas estrechas celdas para su habitación. El pueblo había ya sido instruido en la fe, mas había incurrido otra vez en la idolatría, y aun erigido en este mismo oratorio tres estatuas de bronce, que llamaban ellos dioses tutelares de aquel país. San Columbano mandó á S. Gall, que entendía el lenguaje del país, que les predicase el Evangelio: así lo hizo, y después hizo pedazos los ídolos, y arrojó el metal al lago. San Columbano bendijo la iglesia, ungió el altar, depositó debajo de él las reliquias de Sta. Aurelia, y dijo misa. El pueblo manifestó una satisfacción grande, y volvió al culto del Dios verdadero. San Columbano continuó en Breguentz cerca de tres años, y erigió allí un pequeño monasterio. Algunos de sus discípulos trabajaban en cultivar un huerto, otros cuidaban de los árboles, algunos de la pesca, y el Santo mismo hacía redes.

En este tiempo estaban en continuos debates Teodorico y Teodoberto, y derrotado este último, fué traidoramente entregado por los suyos, y enviado por su hermano á Brunequilda abuela de ellos, la cual teniendo de su parte á Teodorico le obligó á recibir los sagrados órdenes, y pocos días después le hizo quitar inhumanamente la vida. Viendo S. Columbano, que Teodorico su enemigo se había hecho dueño del país en que habitaba, pasó con algunos de sus discípulos á Italia. Halló una acogida favorable en Agilulfo rey de los lombardos, y bajo su protección fundó el famoso monasterio de Bobio en un desierto de los montes Apeninos, cerca de las riberas del Trebia. También erigió un oratorio en honor de María Santísima, cerca del cual vivió en una cueva entregado á las mayores austeridades. En algunas temporadas del año visitaba su monasterio.

El abad Jonas en la vida de S. Columbano nos dice que este Santo confutó á los arrianos entre los lombardos con mucho vigor y fruto, particularmente en Milan, y que compuso contra ellos un libro muy erudito, que se perdió después. Vivió san Columbano en el gobierno del monasterio de Bobio menos de un año, y murió en el 21 de noviembre del año de 615. En su poe-

ma sobre Fedolio, que parece haber escrito poco antes de morir, dice que ¡habia llegado á la olimpiada diez y ocho; por consiguiente tenia entonces por lo menos setenta y dos años de edad. El breviario de los Benedictinos de Francia le llama uno de los principales patriarcas del instituto monástico, especialmente en aquella nacion, donde seguian su regla muchos monasterios, hasta que en tiempo de Carlomagno por razon de la uniformidad, recibieron todos la de S. Benito. Muchos y notables fueron los milagros que nuestro Señor obró por S. Columbano, en vida y en muerte, siendo honrado en muchas iglesias de Francia, Italia y otros paises. (Butler.)

La misa es en honor de Sta. Cecilia, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año nos imitemos con el ejemplo á la que alegras en la festividad de tu solemnizamos con la veneracion virgen y mártir la bienaventurada Cecilia: concédenos que y con el culto. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 51 del Eclesiástico.

Señor Dios mio, ensalzaste mente tu nombre, y le celebré mi habitacion sobre la tierra; y con hacimientos de gracias y yo te rogué por la muerte que porque mi oracion fué oida; y todo lo destruye. Invoqué al me libraste de la perdicion; y Señor, Padre de mi Señor, para me salvaste del tiempo inienco. Para que no me deje sin socorro Por todo esto te daré gracias, en el dia de mi tribulacion, y diré tus alabanzas, y bendeciré en el tiempo que dominan los el nombre del Señor. soberbios. Alabaré continua-

REFLEXIONES.

Mi Dios y mi Señor: teneisme prevenida una habitacion que está muy elevada sobre la tierra. ¡Qué pensamiento de tanto consuelo! ¡y cuantos recursos encuentra en esta dulce verdad un corazon verdaderamente cristiano! La memoria de la majestad consolaba á David en todos sus trabajos; tanto en el campo, como en el ejército, ya luchando con los leones, ya combatiendo contra Goliat: el pensamiento de que algun dia habia de ser rey suavizaba todas sus fatigas. Mucho tengo que padecer (diria él) en estos ásperos desiertos: paso, á la verdad, dias penosos y

tristes; pero al fin algun dia he de ser rey. Tengo enemigos y envidiosos; soy perseguido por la justicia; véome precisado á andar errante y fugitivo; faltanme las cosas mas necesarias para la vida; pero he de ser rey algun dia. ¡O cuántos disgustos nos ahorráramos! ó á lo menos, ¡qué consuelo encontraríamos en las miserias y en los trabajos de esta vida si considerándonos como futuros ciudadanos de la corte celestial, como hijos adoptivos de Dios vivo por el sacramento del bautismo, como herederos presuntivos de la gloria eterna, nos acordásemos de que solo estamos en este destierro, en este valle de lágrimas para reinar algun dia en el cielo en compañía de los bienaventurados! Mucho tiempo ha, podíamos decir, que padezco, gimo y lloro oprimido de la pobreza en una infeliz oscuridad: en ninguna cosa encuentro mas que espinas, abrojos y cruces que nacen debajo de mis mismos pies: mojo el triste pan que como en las amargas lágrimas que derramo; pero un poco de paciencia y no mas: dia vendrá, si soy santo, en que me he de ver en el cielo. ¡Cosa rara! Ofrecémos Dios una vida bienaventurada y eterna; pero como si desconfiáramos de sus promesas, ó como si nos olvidáramos de los deseos mas naturales, proseguimos viviendo como si no tuviéramos otra vida que esperar. Es demasiada verdad que hay muchas personas en el mundo á quienes se las dará muy poco de no ver á Dios, para quienes no tendria el cielo grandes atractivos como pudiesen vivir eternamente en la tierra. Esto causa admiracion; pero mas asombroso es lo que se sigue. No solo preferiríamos el vivir eternamente en la tierra á la ventaja de vivir eternamente en el cielo, sino que aun esta corta, penosa y caduca vida que tenemos no dejamos de preferirla á la vida y á la felicidad eterna. Dos dias de embeleso nos hacen olvidar aquel colmo de bienes infinitos: algunos pocos pasatiempos insípidos y aun extremadamente amargos; nos quitan el gusto á unas delicias inefables. Se propone, se sacrifica la posesion de un Dios con todos los bienes infinitos, de que es manantial y origen, al menor objeto eriado. ¿Somos cristianos? ¿tenemos fe? y si la tenemos, ¿somos racionales? Es preciso que nos falte una de dos, ó la fe, ó la razon, si ya no nos faltan entrambas. Consultemos nuestras máximas, nuestros deseos, nuestra conducta: ¿pensamos, procedemos, obramos como hombres que solo suspiran por el cielo?

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus Será semejante el reino de los á sus discípulos esta parábola: ciclos á diez vírgenes, que to-

mando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo; salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro

aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

MEDITACION.

De la suprema desdicha del hombre.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado y desechado de Dios: *Nescio vos*. La posesion de Dios es su suprema dicha: ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego perder á Dios y perderle para siempre, no puede menos de ser su mayor desgracia.

Fué criado el hombre para solo Dios: este es nuestro fin, nuestra satisfaccion, nuestro centro. No hay que consultar por eso sino á nuestro corazon. Despues de seis mil años y mas que todos los hombres están trabajando por hacerse felices, ninguno pudo encontrar reposo lleno y perfecto que fijase, que satisficiera todos sus deseos: siempre queda en ellos un inmenso vacio que no pueden llenar todos los objetos criados; y es porque el hombre no se hizo para ellos. Es menester que se eleve hasta el mismo Dios; y en tomando este partido encuentra una paz y un consuelo que no halla en otra parte. Solo Dios es su fin, y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida: ¿qué será en el cielo por toda una eternidad, comunicándose Dios afectuosamente á una alma, entregándose todo á ella sin reserva; entrándose esta, y por decirlo así, anegándose en el gozo, en la felicidad

del Señor! Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha; pero concibe tambien por la misma razon la desgracia de perder á Dios, de ser aborrecido, de ser reprobado de Dios, siendo objeto funesto de su indignacion y de su cólera. *Nescio vos*.

Aunque hubieras sido el monarca mayor del universo, el hombre mas poderoso, el mas feliz de todos los siglos; si en el momento que sales de este mundo te dice el Señor: *Nescio vos*, no te conozco, no sé quien eres, jamás te conoceré, serás siempre objeto de horror á mis ojos, siempre abominable á mi corazon, siempre materia de mi encendida cólera. *Nescio vos*; ¿qué será de tí, y qué serás tú mismo por toda la eternidad?

Incurrir en la desgracia de un padre, de un poderoso protector, de quien dependia toda nuestra fortuna, de un amigo que era todo nuestro consuelo, es por cierto bien triste situacion. Perder un pleito, cuya pérdida atrae consigo la de toda la familia; verse uno desgraciado con el soberano, y por esta desgracia perder la honra, los empleos, los bienes, y salir desterrado de su patria, verdaderamente que parece se debia preferir la muerte á esta cruel cadena de desgracias; pero de buena fe, ¿qué viene á ser todo esto en comparacion de la reprobacion eterna? ¿qué decretos de principes, qué sentencias de tribunales, qué proscipciones ignominiosas pueden entrar en cotejo con aquel *Nescio vos* de un Dios sumamente irritado? ¿Dónde hay rayo que mas abrase, que mas aniquile, que mas desespere que estas terribles palabras?

Haced, Señor, que comprenda yo bien todo su significado y todo su rigor; que penetre en esta vida toda su amargura, para no oirla, para no experimentarla jamás en toda la eternidad. *Confige timore tuo carnes meas: à judiciis enim tuis timui*. Clavad, Señor, mi carne con vuestro santo temor para estar mas distante de vuestros terribles juicios.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay en la tierra mal que no tenga remedio; no hay infortunio, no hay desgracia sin esperanza; no hay desdicha que no admita consuelo; pero busca uno para aquellas espantosas palabras: *Nescio vos*.

Si una negociacion se desgracia; si se malogra un negocio; si una empresa considerable se frustra; si se pierde una rica herencia; si en un pleito injusto nos despoja de todos nuestros bienes una sentencia inicua; cuando no hay recurso en la vida, consuella el pensamiento de la muerte, considerando que puede durar muy poco aquella miseria: pero cuando uno se ve desgraciado con

Dios; cuando ya no encuentra ni amigos ni intercesores con él; cuando se secó para nosotros la fuente de las misericordias; cuando se pasó ya el tiempo de las gracias; cuando ya no hay mas tiempo; cuando sucedió la eternidad á este puñado casi imperceptible de dias que se malograron miserablemente, y se oye la voz irritada de todo un Dios que en el furor de su cólera nos dice: No os conozco; no sé quién sois; y desde entonces ni se hace caso de nuestros trabajos pasados, ni se aprecian nuestros servicios, ni se trata de compasion, ni se habla de misericordia; no hay que gemir, no hay que llorar, no hay que lamentarse, no hay que dar aullidos de dolor: *Nescio vos, nescio vos*. Esa prevencion la debieras haber hecho con tiempo; debieras haber velado, debieras no haber estado ocioso; debieras haber trabajado en tu salvacion mientras duraba el dia: ya cerró la noche, ya nada se puede hacer en ella.

Esa vida de veinte y cinco, de cuarenta, de sesenta años solo te se concedió para que en ella te dispusieses á recibir al Esposo. La incertidumbre de la hora en que podia llegar te obligaba á una continua vigilancia. No bastaba ser virgen; era menester aplicarte al cumplimiento de tu obligacion; no bastaba tener las lámparas encendidas, era preciso tambien haber hecho provision de aceite. Te dormiste, llegó el Esposo; reparaste que se apagaba la lámpara, faltaba aceite; quisiste ir á buscarle, pero ya era tarde. Un accidente, un desmayo obliga á llamar á toda priesa al confesor, á acudir á los sacramentos; pero entre estas priesas, entre este alboroto de la casa, entre esta confusion y entre este tropel de cosas llega el Juez; pídesele un poco mas de tiempo para prevenirse; ¿mas quién ignora que esto ya debiera estar hecho cuando el Juez llegase? Las puertas de la misericordia se cierran con la vida; llámase á ellas, y solo se nos responde: No os conozco, ya no es tiempo; comenzó para tí la desventurada eternidad, y ese mortal dolor, esa rabia, esa desesperacion que ya comenzó, jamás ha de tener fin, durará para siempre jamás.

Ah Señor, ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿Y qué cosa le podrá resarcir esta lamentable pérdida?

Causa admiracion ver á hombres de buen juicio ocuparse dias, meses y años enteros en los negocios del mundo; separarse para esto de todo lo que mas aman, y esto sin tener gusto, antes causándoles mayor tedio aquellos enfadosísimos negocios, y salir despues de esta vida sin haber pensado jamás con alguna seriedad ni en el fin para que entraron en ella, ni en el término

que despues de ella han de tener. Mi Dios, ¿qué discretos y qué prudentes fueron los santos en no haber pensado en otra cosa toda su vida! No permitais, Señor, que las reflexiones que acabo de hacer sirvan solo para mi mayor condenacion y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS. — No me arrojes, Señor, de tu presencia (Psalm. 50.)

¿Adonde iré, Señor, si no me quieres reconocer por hijo tuyo? ¿adonde huiré si no me quieres sufrir delante de tí? (Psalm. 38.)

PROPOSITOS.

1 La mas terrible desdicha del hombre en esta vida es el pecado, y para la otra morir en pecado. Pérdida de bienes y de salud; accidentes funestos y fatales; adversidades, persecuciones y desgracias; ¿todos estos imaginarios infortunios que quieren decir en el sentido mas natural? Solo quieren significar vivir con alguna menos conveniencia, bajar algunos grados á los ojos de aquellos con quienes estábamos á nivel; ocupar el último lugar en la aprehension de los hombres; y á lo sumo, vernos de repente despojados de todo lo que lisonjeaba nuestra ambicion, de todo lo que fomentaba nuestra concupiscencia, de todo lo que irritaba nuestras pasiones, y experimentar este despojo pocos dias antes que la muerte nos arrancase todo ello. Pero estar en pecado es ser objeto de horror á toda la corte celestial; es estar en desgracia de Dios; es merecer todos los tormentos del infierno; y morir en pecado es ser este objeto de infamia y de abominacion, este insigne malvado, este triste pábulo de aquellos tormentos por toda la eternidad. A nada has de tener horror sino al pecado, y morir en pecado es lo que continuamente has de temer. De todas aquellas cosas que se llaman trabajos, aflicciones, desolaciones y miserias, hay recurso; pero morir en pecado no admite consuelo, no admite esperanza, no admite remedio. Has de procurar que este temor y este horror no solo se te hagan familiares, sino como naturales. Inspiralos á tus hijos, á tus criados, y repítelos incesantemente aquellas palabras del Sabio: *Quasi á facie colubri fuge peccatum*: Huid, hijos míos, del pecado como de una serpiente venenosa; porque si os arrimais á él, os agarrará y os devorará. *Dentes leonis, dentes ejus*: sus dientes son como los del leon, que hacen pedazos las almas de los hombres. *Plagæ illius non est sanitas*: la herida

que abre no tiene cura. No dejes pasar día alguno, ó á lo menos sean muy pocos, sin repetir esta leccion á tus dependientes y sin repetírtela tambien á tí mismo.

2 Guárdate mucho en adelante de abandonarte á esos escosos de desolacion y de tristeza cuando te suceda alguna afliccion, algun trabajo. Quitóte Dios lo que te habia dado, lo que no se te debia, ó lo que quizá seria muy pernicioso para tí. ¿Pues á qué fin esos desconsuelos y esas quejas? ¿qué agravio te hacen en quitarte lo que no era tuyo? ¿qué derecho tienen los hombres ni á los bienes ni á las honras temporales á que aspiran? No te alijas, pues, sinó del pecado; cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que eso no es pecado. Sucédate lo que te sucediere, por triste, por doloroso que sea, repítete á tí muchas veces con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea? et quare conturbas me?* ¿Qué motivo tengo yo para estar triste ni para afligirme? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este contratiempo no es pecado; no pierdo la amistad de Dios por esta desgracia que me sucede. *Quare tristis es?* ¿Pues por qué me he de afligir por un accidente que no es cosa mala? Algunas veces puede mas la tristeza que las máximas, que los principios de la religion; pero las reflexiones cristianas disipan presto la mas negra, la mas sombría tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; y morir en pecado es el colmo de todas las desdichas, es el supremo mal. Sea esta gran verdad la materia mas comun de tu meditacion.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN CLEMENTE, el tercer papa despues de S. Pedro apóstol que gobernó la Iglesia, el cual en la persecucion de Trajano fué desterrado á Chersoneso, en donde echándole al mar con una ancora atada al cuello, alcanzó la corona del martirio. Su cuerpo trasladado á Roma en el pontificado de Nicolao I, fué depositado en la iglesia que antes se habia dedicado á su nombre. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA FELICITAS (ó FELICIDAD), madre de siete hijos mártires, en Roma; la cual despues de ellos fué degollada por orden del emperador Marco Antonino por confesar la fe católica. (*Véase su historia juntamente con la del martirio de sus siete hijos en las del día 10 de julio.*)

SANTA LUCRECIA, virgen y mártir, en Mérida en España; la cual en la persecucion de Diocleciano fué martirizada por sentencia del presidente Daciano. (*Véase su historia en las de hoy.*)